



LEXICO

FILOSOFIA

LUIS JAVIER ALVAREZ

Oviedo



n primer lugar, la filosofía es un conjunto de doctrinas, de teorías.

«Theorein» en griego es echar una mirada, considerar. La Filosofía considera, echa miradas sobre cosas, sean objetos, sean actitudes, sean otras teorías.

Las teorías reflexionan sobre multitud de cosas que, sin ser «psicológicas» o espirituales, no son tampoco materiales en sentido físico. Por ejemplo, la física trata de «ohmios», pero lo que existe corpóreamente no son los ohmios sino ciertos materiales que ofrecen ciertas cantidades de resistencia a la corriente eléctrica. El ohmio, como unidad de resistencia, no se identifica con el hilo conductor de cobre: es una unidad inmaterial que vive y tiene existencia en la teoría física. Pues bien, La Filosofía se ocupa de cosas incorpóreas —sobre todo— parecidas a los ohmios. Se ocupa de «Ideas».

Esto ya lo vió con claridad casi definitiva Platón cuando —poco después de criticar la adhesión de CRATILO al heraclitismo, al final del diálogo— descubre en el FEDON (65 y 78 a) que las cosas pueden ser vistas en relación unas con otras de tal manera que muchas de ellas forman grupos especiales frente a otras integradas a su vez en otros grupos: las clases. Las cosas están en el mundo enclasadadas e interrelacionadas por una «simploké», una unión que no las confunde sino que las distingue. Las cosas enclasadadas dentro de una misma Idea adquieren su cohesión de la Idea misma, que es distinta de ellas. Platón pensó que el lugar de esas Ideas podría ser tal vez distinto al lugar de las cosas que enclasan. Hoy sabemos que las ideas como tales viven entre las mismas cosas y que se descubren en las teorías mismas.

La filosofía de Platón estudiaba Ideas como lo Uno, lo Bello, la Justicia. Hoy la Filosofía sigue estudiando —entre otras— esas Ideas, pero los lugares de estudio

han cambiado y han aumentado de número desde los tiempos de Platón, porque también ha cambiado y aumentado el número de cosas y sobre todo de teorías que contiene el mundo. Las ideas están realizadas en las ciencias (naturales, formales, sociales y humanas), y en las prácticas (la política, las artes, los lenguajes, las relaciones económicas, religiosas, éticas, lúdicas...) tanto como en las cosas mismas «con bulto».

Ante todo, las Ideas se manifiestan y concretan en los conceptos de las ciencias y esos conceptos, a su vez, sólo tienen entidad como partes o aspectos de Ideas más amplias, que traspasan la propia ciencia en cuestión.

El «ohmio» es un concepto de la teoría de la electricidad que se engloba en el concepto más ancho de «fuerza». Pero ese concepto también tiene vida, en diferentes grados de elaboración, en muchos otros sitios: «fuerzas sociales o políticas», «fuerzas productivas», las «líneas de fuerza» de la teoría gestaltista de la percepción, y hasta en los hombres «forzudos» existe el concepto de fuerza de alguna manera.

Eso quiere decirse que la «fuerza» es también una Idea, que cruza muchos dominios de la realidad. Y tarea de la filosofía ha sido y es «teorizar», echar miradas y reflexionar sobre ese tipo de hechos y cosas. Determinará, por ejemplo, en qué sentido pertenecen a la misma Idea o clase la «fuerza» de un boxeador profesional y la de un grupo de presión política.

En definitiva la filosofía ofrece unos saberes específicos, pero casi todos ellos versan sobre otros saberes. En general, la filosofía es un saber de «segundo grado».

Por tanto la Filosofía no es sólo crítica radical de cualquier «teoría» o «visión del mundo»; no sólo desha-

ce sofismas, denuncia falsas pretensiones de verdad en las religiones históricas o en otros sistemas totalizadores sobre el mundo (ideologías), sino que además construye un corpus de verdades nuevas.

No sólo hace el camino («regressus») hacia la disolución de los contenidos de conciencia —cualesquiera que estos sean—, en la frontera misma con el escepticismo (teórico, que no práctico, el cual es imposible sino es ejercido y cancelado a la vez a través del suicidio). También hace —de hecho— el camino de vuelta («progressus») y vuelve a colocar de la mejor manera posible —de la más verdadera— las piezas del mecano de la realidad. (Lo que ocurre es que las piezas del mecano de la realidad son incontables. No porque sean muchas o pocas sino porque decir su número exacto es un pecado filosófico: equivale a traspasar una barrera de seguridad y perderse en el dogmatismo metafísico). Esto es una de las más firmes consecuciones de la filosofía. Se pueden decir muchas verdades sobre las cosas y las Ideas, pero no se puede decir la Verdad. «Sobre lo que no se sabe, más vale callarse».

Pero la filosofía no es sólo un conjunto de doctrinas sobre ideas, cosas y teorías. No es sólo la más radical de las críticas a toda concepción global del mundo y a toda Idea interconceptual de las prácticas humanas (políticas, éticas, artísticas, económicas, científicas). Es también, ella misma, una práctica. La práctica, en primer lugar, de unos hombres, de unos especialistas: los filósofos. Pero también la práctica de cualquier hombre en algunas circunstancias determinadas: el juez que ha de decidir frecuentemente si la interrupción del embarazo se trata de un homicidio o no. El dirigente político que decide —en un momento dado— rechazar la vía parlamentaria para promover una revolución, (o al revés). El arquitecto que decide romper con una tradición artística y técnica y emprender otro camino... Todos ellos —están aplicando— aún tal vez sin saberlo— Ideas filosóficas. Porque todo el mundo en una sociedad urbana, desarrollada, tecnificada, tiene «ideas» y es, por lo tanto, filósofo mundano en alguna medida. Pero sobre todo, las Ideas le tienen a él. Porque, como decíamos, las Ideas se manifiestan a través de teorías pero están y aparecen en la historia de la humanidad.

La filosofía resulta casi indisociable de los cuerpos humanos y de su conservación como organismos, literalmente. Hagamos desaparecer de un plumazo una filosofía y surgirá otra inmediatamente. Hagamos desaparecer toda filosofía de un plumazo (si ello fuera posible) y la probabilidad misma de existencia de lo que llamamos civilización se desplomará. (Otra cosa es que alguien desee que tal ocurra —y trabaje por ello—, lo cual es ya en sí mismo una posición filosófica). Aún más: desaparecerá la posibilidad de distinguir la existencia propia de organismos humanos de cualquier otro modo de existencia o cosa.

Vemos, pues, que la practicidad de la filosofía lejos de ser débil, es tremenda. Pero esto no siempre se supo con la claridad actual. Antes se suponía que, por ejemplo, la filosofía podía servir y ayudar a la mejor gestión política del Estado. Pero no se sabía tan bien como hoy que cualquier Estado, cualquier sociedad, tienen su filosofía, confiéndolo o no.

Por eso hay cantidad de filosofías, o por lo menos hay varias. Los filósofos profesionales pueden estar de acuerdo en muchas cuestiones —como, por ejemplo, en que los lenguajes formalizados de las ciencias tienen sus limitaciones y que un metalenguaje formal sobre todo metalenguaje formal resultaría inconsistente (Teorema de Gödel); o en que desde hace tiempo alimentarse con carne de otros hombres no es necesario ni deseable (lo cual parece menos abstruso pero acaso más discutible). Pero no podrán estar de acuerdo sobre, por ejemplo, cual es la mejor forma de Estado y sociedad, porque de hecho existen varios Estados y sociedades contradictorias.

Y como la filosofía —además de una crítica y de un saber sustantivo— es una práctica, existen también filosofías contradictorias. Pero todas ellas, además, de conocer el mundo, lo transforman.

Porque Ideas filosóficas son la Idea de «Mundo», que regula nuestras concepciones y modelos posibles del universo cosmológico, o la Idea de «Conducta», que discrimina lo que cabe entender y lo que no por «sentimientos», pasiones, vida interior, etc. E Idea es la «lucha de clases» o el «modo de producción» (no sólo económico, sino también cultural) que según Marx son el motor de la historia...

De siempre la filosofía ha sido práctica y ha transformado el mundo, aunque pretendiera lo contrario. Lo que ocurre es que ahora lo sabemos mejor, y en la medida en que ese saberlo se *populariza*, la filosofía se pone en línea con las prácticas, la científica, la artística, la ética, la económica, la política.

Así que la practicidad de la filosofía tiene varios sentidos: ayuda al juez a decidir, al arquitecto a tomar el camino estético y tecnológico más fecundo, al político a obtener éxito (no siempre inmediato) con su estrategia. Pero este no es más que el sentido más externo de su practicidad.

La filosofía es práctica porque remueve los obstáculos de una visión del mundo estrecha: la de la familia, el grupo, la clase social, el estado, o el sexo del que filosofa. Remueve los obstáculos de la subjetividad a cualquier nivel para que las estructuras verdaderas de las cosas —las Ideas— aparezcan. Y lo hace, por ejemplo, a través de la pedagogía y la polémica.

Pero aún hay otro sentido de la practicidad de la filosofía, el más profundo: que la contemplación de las Ideas (Platón) posibilita al filósofo para colocarse a la cabeza de la historia e indicar el camino de su transformación práctica, que la praxis, las culturas y los Estados tienen entre manos.

Filosofía materialista no significa, entonces, que trata sólo de objetos físicos o del lenguaje («dentro» del lenguaje, Wittgenstein), sino que, asumiendo sus limitaciones, sabe que algunas de las contradicciones filosóficas no podrán resolverse satisfactoriamente más que en el campo mismo de la praxis científica, artística, política, etc. Pero que sin su existencia —la de la filosofía— las prácticas se desvanecen y la transformación de la realidad se vuelve ilusoria.